



FAT CITY

CHAI EDITORA

Leonard Gardner

FAT CITY

Traducción de JUAN NADALINI

Gardner, Leonard

Fat City / Leonard Gardner ; prólogo de Mauro Libertella. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Chai Editora, 2023.

188 p. ; 21 x 14 cm. - (Elementales)

1. Boxeo. 2. Narrativa Estadounidense. I. Libertella, Mauro, prolog. II. Nadalini, Juan, trad. III. Título. CDD 813

Título original

Fat City

© Del texto, Leonard Gardner, 1969

© De esta edición, Chai Editora, 2023

© De la traducción, Juan Nadalini, 2023

© Del prólogo, Mauro Libertella, 2023

Diseño de tapa

Gonzalo Marín

Foto de tapa

Agus Glauber

Primera edición

Abril 2023

ISBN: 9789874856777

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

www.chaieditora.com



Prólogo

Stockton es una ciudad mediana en el estado de California, sobre el oeste de los Estados Unidos. En los años cincuenta y sesenta vivían ahí cerca de trescientas mil personas y el número no se ha modificado demasiado desde entonces, como si su destino fuera congelarse en una postal inmóvil que logre contener, de manera asombrosa, algo muy profundo de la esencia de ese país. Ciudad de palmeras raquílicas y *diners* abiertos toda la noche, podría ser una más de las decenas y decenas que se desparraman por el mapa norteamericano, si no fuera porque en 1969 un hombre publicó una novela donde la rebautizó como Fat City y clavó a esa ciudad, la ciudad donde nació y creció, en otro mapa, ya legendario: el de la literatura en inglés del siglo xx.

Fat City cuenta la vida de dos hombres, boxeadores, exboxeadores o aspirantes a boxeador, según el momento, la circunstancia y el estado de ánimo que vayan teniendo a lo largo del libro. A Billy Tully lo dejó su mujer y deambula por hoteles tratando de encontrarle algún sentido a su dolor. Fue un boxeador renombrado del circuito *under* pero la desesperación y el alcohol le impidieron seguir, como si hubiera perdido la fuerza, acaso el espíritu. Una tarde, en un gimnasio vacío, conoce a Ernie Munger, un muchacho de dieciocho años, de pecho lampiño y piernas flacas. “Tendrías que dedicarte al boxeo”, sentencia Tully cuando lo ve golpear un saco pesado. De ese modo le marca un destino, y así empieza esta historia de altibajos, de pequeños hitos privados y de caídas desoladoras.

El boxeo es un potentísimo formador de mitologías y de subjetividad en la historia norteamericana y es un prisma muy nítido para leer las tensiones —políticas, raciales, colectivas— de sociedades que siempre están en crisis. El boxeo ayudó a resolver dilemas históricos y consagró a tipos marginales como íconos pop. Los personajes de *Fat City* buscan también una redención, y en la novela están narradas las razones existenciales del deporte: la necesidad de salir del suburbio a los golpes y ganarse un lugar a fuerza de voluntad, y un terco instinto de superación que muy pocos boxeadores (solo los grandes) pueden realmente atravesar.

En ese sentido, la de Leonard Gardner es una novela agridulce sobre un puñado de destinos truncos. La historia de dos o tres vidas que tenían que salir bien y salieron mal pero tampoco tan mal, porque finalmente hay un crecimiento, hay una superación: el boxeador es aquel que se cae pero se vuelve a levantar y, por eso, quizás como ningún otro, el boxeo es el deporte-metáfora por excelencia, ese que en un cuadrilátero de cinco por cinco puede contener el arco biológico completo de una vida.

Fat City no es, sin embargo, estrictamente, una novela “de boxeadores”. En sus poco menos de doscientas páginas viaja al fondo de ese misterio sin respuesta que es la cabeza y el corazón de los hombres. ¿Qué es un hombre? Gardner, casi sin proponérselo, un poco por diseño y un poco por azar, escribió un libro sobre un grupo de varones que se acompañan en su soledad y de ese modo atrapó el sentido intangible de esa pregunta. Están Tully y Munger, pero también Ruben Luna, el entrenador, que atraviesa un matrimonio largo y desangelado y llega a la noche al gimnasio para buscar, él también, su propia dosis de sueño y portento. Les presta dinero, los cuida como a sus hijos, los aconseja sobre sus vidas personales, los cura cuando están lastimados y, aunque lo decepcionen y hasta lo traicionen, su amor por ellos es indestructible. Algunas de las escenas más hermosas de este libro suceden cuando están todos juntos,

en un auto viejo, atravesando una ruta que los va a llevar a alguna pelea en un pueblo ignoto. Se diría que para eso boxean: para estar juntos.

Además del deporte y la vida errante de los hoteles, este relato funciona como una radiografía del jornalero y los trabajos precarios y a destajo. Billy Tully y los suyos se congregan en esquinas de la ciudad, en los instantes previos al amanecer, para procurarse un asiento en alguno de los camiones destartados que llevan hombres a los grandes campos de cultivos a cosechar tomates o cebollas. Largos días al sol por noventa centavos de dólar y luego parar en un bar, antes de volver a casa, para tomar un par de cervezas en la barra intercambiando frases sueltas con el cantinero.

Publicada originalmente a fines de los sesenta, esta novela se entronca en una tradición donde están los primeros discos de Tom Waits, las películas de Clint Eastwood, las fotos de Robert Frank, los libros de John Fante y de Richard Yates. Ha pasado medio siglo y sin embargo la actualidad de su registro emocional es asombrosa, incluso inquietante; cincuenta años después, esa sensación crepuscular de algo que se está por terminar parece escrita ayer. En 1972, John Huston llevó la novela a la pantalla grande. Los fans coinciden en que fue su última obra maestra.

Más extraño es el caso de Leonard Gardner, su autor. Nacido en Stockton en 1933, su padre, texano, fue un inspector postal con una oficina en un majestuoso edificio federal en el centro de la ciudad; su madre, inglesa, era ama de casa y tenía una doble inclinación por la religión y el arte. Cuando cumplió siete años, Leonard y su hermana contrajeron la temida fiebre reumática y él pasó dos años fuera de la escuela. Para ayudarlo con su recuperación, el padre le compró sus primeros guantes de boxeo e instaló una bolsa de entrenamiento en el garaje. Pasó dos años dándole golpes a esa bolsa mientras conversaba con su padre sobre las viejas glorias del deporte. Así, el viejo Gardner le transfirió al hijo una pasión.

A los doce años empezó a frecuentar el gimnasio Lido, un punto de encuentro neurálgico de boxeadores amateur y profesionales que sería el centro de la acción de la novela que escribiría mucho después, aunque todavía no lo sabía. Fue en aquellos años, sin embargo, cuando nació también su gusto por la escritura. A los diecinueve dejó el terruño y vivió un tiempo en Ciudad de México para radicarse, luego, en San Francisco, porque en Estados Unidos para ser escritor primero hay que tomar la ruta, salir al camino.

Escribió *Fat City* durante cuatro años, en su casa de San Francisco, pero en ocasiones volvía a Stockton para activar el recuerdo de esos gimnasios y esos hoteles donde sucedía la trama de aquello que estaba escribiendo. El libro se publicó en 1969, al filo de una década brillante, y se convirtió rápidamente en un clásico de culto. Tenía todos los elementos para serlo: era una novela norteamericana en toda su paleta cromática, hablaba de la soledad y del amor y de la amistad y del dolor y era áspera e inolvidable.

¿Y qué pasó después? ¿Qué extraño efecto produjo ese libro en ese escritor? Leonard Gardner nunca volvió a publicar otro libro. A principios de los setenta trabajó en la adaptación con John Houston y luego soltó un par de cuentos para revistas como *Paris Review*, pero nada más. Dijo que *Fat City* tenía originalmente cuatrocientas páginas y en el proceso de corrección eliminó más de la mitad del material para que cada frase tuviera una importancia única en la trama. Quizás un escritor así solo puede escribir un libro. Ahora tiene más de noventa años y hace veinte que asegura, al que se lo pregunta, que está “puliendo una novela”. Hay que verlo: un hombre que se pasa toda la vida ajustando la terminación de una frase, modificando un adjetivo, quitando un paréntesis. Gardner encarnó, en esos remotos años sesenta, el gran mito norteamericano del escritor que escribe *desde la vida*. En esa única novela volcó todo lo que tenía, todo lo que había acumulado en el disco rígido de sus experiencias, y se vació.

Hoy, su Stockton natal se transformó como lo hacen siempre las ciudades: las casas se convirtieron en edificios, los viejos bares de borrachos son ahora pequeños cafés de especialidad. Sin embargo, algo sobrevive; en la ciudad de hoy están los restos de la ciudad vieja, los escombros de un gimnasio, de un hotel de mala muerte. Aguzando el oído aún se puede escuchar el sonido de un guante de cuero golpeando un saco de entrenamiento. “Fat City” es una expresión del mundo del boxeo que significa algo así como el paraíso en la tierra, pero también remite al viejo sueño de dar el batacazo, de pegarla. En 2012, Stockton fue la primera ciudad de Estados Unidos de más de doscientos mil habitantes en declararse en bancarrota. Destinos truncados, ilusiones perdidas. ¿No es ese el único escenario posible para una novela así?

En 2015, el sello New York Review of Books Classics incorporó *Fat City* a su colección, de enorme prestigio. La ciudad dorada empezaba poco a poco a reconstruirse luego de tocar fondo y el libro que mejor la había retratado volvía a las librerías, en una edición definitiva. Lo que había ocurrido a fines de los sesenta ahora entonces podía volver a suceder. Esto: un chico solo, en el banco de una plaza cualquiera, leyendo la historia de Billy Tully y Ernie Munger. Un chico o una chica en una ciudad remota, bajo la sombra prodigiosa de un árbol, leyendo una vez más un libro, este libro.

Mauro Libertella

1

Vivía en el hotel Coma, tal vez llamado así en homenaje a uno de los fundadores de la ciudad, un explorador de California o un pionero, o acaso algún inmigrante italiano muerto largo tiempo atrás y que no había fundado más que ese hotel. Daba igual de quién tomara el nombre, como monumento era bastante pobre, y Billy Tully no tenía intenciones de quedarse. Seguía guardando la ropa limpia en una valija sobre la cómoda, siempre listo para llevársela a hospedajes mejores. Desde que su esposa lo había abandonado, un año y medio antes, este era el quinto hotel en el que se alojaba. Por la ventana de su habitación podía ver el perfil contrahecho de Stockton —ciudad de ochenta mil habitantes flanqueada por los pantanos, los arroyos y los campos fértiles del delta del río San Joaquín—, un paisaje de oficinas, campanarios, chimeneas, torres de agua, tanques de gas y casas de techos bajos que se alzaban entre árboles desnudos, en calles completamente planas. Por las veredas, debajo de su ventana, la gente circulaba entre bares y licorerías, cafés, negocios de artículos de segunda mano y hoteles sin ascensor. Palomas del mismo color del asfalto picoteaban en los desagües, volaban sobre los edificios, recorrían las cornisas, zureaban en los alféizares. El cuarto de Tully era angosto, de techos altos. Manchas de cabezas grasientas oscurecían el papel tapiz entre los barrotes metálicos de la cama. La persiana estaba rota, la luz de las lamparitas era escasa y todos sus vecinos parecían sufrir alguna clase de afección pulmonar.

Billy Tully operaba la freidora de un restaurante en Main Street. Tenía una cara rosada y jovial, con arrugas alrededor de la boca, una muesca en el medio de la nariz y una superposición de cicatrices muy finas sobre el contorno externo de las cejas. Era de pelo abundante, color herrumbre; lo usaba bien corto arriba y peinado hacia atrás a la altura de las sienes. Era un hombre bajo, compacto, de pectorales amplios, huesos grandes, carnes apretadas, ni gordo ni flaco ni muy musculoso. Con la ropa puesta, lo único que le aportaba a su figura cierta apariencia de solidez era el diámetro del cuello. Resultado de años de ejercicios, de levantar pesas de cinco o diez kilos con una correa aferrada a la cabeza con un solo objetivo: amortiguar el impacto de los golpes.

Tully no boxeaba profesionalmente desde que su esposa se había ido, pero la noche anterior, en el Ofis Inn, le había pegado a un hombre. Ya no podía recordar con claridad el motivo de la discusión, ni le importaba mucho. Lo único que le interesaba era lo que esa situación le había revelado sobre sí mismo. Con un solo golpe el tipo se había caído al suelo. Y ahora Tully pensaba que había abandonado su carrera antes de tiempo. Tenía apenas veintinueve años.

Bajó unos peldaños revestidos con tiras de goma antideslizante, donde casi todas las noches se caía alguien, y se dirigió al gimnasio de la YMCA a ponerse a prueba con la bolsa. Después de una mañana de resaca, se sentía como renacido. Recorrió a paso veloz las calles frías, disfrutando del momento.

En los vestuarios del subsuelo, desde donde podía oír el alboroto de la pileta de natación, Tully se quitó la ropa. Tenía cuatro tatuajes. Se los había hecho mientras servía en el ejército y ahora le resultaban sumamente desagradables: dos golondrinas azules en pleno vuelo, una arriba de cada pezón, una serpiente verde alrededor de la muñeca izquierda, y sobre la cara interna del antebrazo derecho una daga clavada en una rosa. Vestido con shorts celestes y remera gris, avanzó en silencio por un pasillo, sobre acolchadas suelas de cuero, hacia el

sonido de una bolsa de arena que alguien sacudía con furia. Cuando Tully entró en el salón al fondo del corredor, un joven alto, flaco y transpirado alzó la vista, le dio un último golpe a la bolsa y se sentó en un banco entre un amontonamiento de pesas que yacían sobre un suelo de cemento agrietado. Estaban solos. Tully flexionó los brazos, los giró, sacudió el cuello, se puso en cuclillas y se levantó con temor al oír un sonoro *crac* en la rodilla, sin perder nunca de vista la inmovilidad del muchacho. Después de haber azotado violentamente la bolsa, ahora esperaba muy quieto en el banco, mirando hacia la pared. A Tully le pareció la actitud de alguien que no desea llamar la atención, así que para contrariarlo lo invitó a boxear, aunque no había ido al gimnasio más que a entrenar un rato con la bolsa.

El chico se levantó rápido, apesadumbrado:

—¿Eres profesional?

Tully se dio cuenta de que le estaba mirando las cejas.

—Era. Ahora ando muy fuera de estado. Hagamos algo tranquilo, para divertirnos, te puedo enseñar un par de cosas, ¿ok? No te voy a pegar fuerte.

Con expresión taciturna, el chico se fue a buscar unos guantes. Tully siguió precalentando y, para cuando el otro volvió, ya respiraba con dificultad. Se calzaron los guantes en silencio y subieron al ring. Cuando Tully extendió un brazo para chocar los puños, el muchacho dio un cauteloso salto hacia atrás. Luego de una sonrisa condescendiente, Tully salió a perseguirlo. A partir de ese momento no sintió más que desesperación, porque todo sucedió muy rápido: golpes a la nariz, guantazos en la boca y los ojos, un cuerpo esbelto que lo esquivaba, saltando magníficamente por toda la superficie del ring mientras Tully, agachado y con la guardia en alto, intentaba recuperar el contraataque. Preso de una furia repentina, se abalanzó sobre el chico sacudiendo los brazos como un peleador callejero hasta que sintió un tirón en una pierna. Bufando de dolor, empezó a dar saltitos por el cuadrilátero.

Eso puso fin al combate. Doblado en dos, masajeándose un músculo distendido en la pantorrilla, la cara contorsionada en una mueca, Tully preguntó entre dientes:

—¿Cómo te llamas?

El chico no se movió de la otra punta del ring.

—Ernie Munger.

—¿Cuántas peleas llevas?

—Ninguna.

—Me estás jodiendo. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

Con mucho cuidado, Tully probó dar un paso.

—Bueno, esto es lo tuyo. Yo enfrenté a Fermín Soto. Sé bien de lo que estoy hablando. A mí no podían ni tocarme. No podían. Tiraban el golpe y yo ya no estaba. Deberías dedicarte al boxeo. En serio.

—No sé... Solo vengo a tirar unos golpes. A hacer un poco de ejercicio.

—No desperdicies tus mejores años. Deberías ir al gimnasio Lido a ver a mi entrenador.

En las duchas, Tully agradeció no haber ido él al Lido. A su lado, el agua chorreaba sobre la cabeza de Ernie Munger. Era un chico de hombros amplios, pecho plano y lampiño, cintura angosta, piernas y brazos largos y delgados. Al ver su cara, Tully lamentó no haber tenido la oportunidad de acertarle un golpe franco. Era un rostro de buenas proporciones, infantil, de frente ancha y alta, nariz prominente. En el vestuario, con una toalla a la cintura, Tully buscó dentro de su bolso una botellita de Thunderbird y, consciente de lo incorrecto que era hacer algo así en la YMCA, bebió un trago oculto tras la puerta metálica de su casillero, para que Ernie no pudiera verlo. Desde el cielorraso, un ventilador se esforzaba en vano por derrotar el olor a transpiración y a jabón, a ropa deportiva húmeda.

Tully rengueó escaleras arriba, y susurrándole insultos a su pierna lastimada emprendió el camino de regreso al hotel. Era un día gris y el

sol ya se escondía, tiñendo de malva la base plana de las nubes que asomaban más allá de los astilleros desiertos, donde dos grúas enormes se inclinaban contra el cielo. Hojas y papeles cubrían las alcantarillas. Los barcos se hamacaban en los cobertizos flotantes del amarradero. Más adelante, sobre el canal, había un solitario buque mercante fondeado junto a un silo, a casi ochenta kilómetros del océano.

No circulaba mucha gente por Center Street. En el Harbor Inn, la mitad de las banquetas estaban vacías. Tully se sentó con cautela, aferrándose al borde de la barra, frente a un cartel que decía:

POR FAVOR NO ESCUPA
EN EL SUELO
LEVÁNTESE Y ESCUPA
EN EL INODORO
Se lo agradezco

Pidió una patita de cerdo, que le sirvieron envuelta en una servilleta, y bebió un vaso de oporto. Estaba comiendo un paquete de chicharrones cuando una pareja de habitués se sentó a su lado. El hombre era negro, tenía bigote y las sienas calvas; un rostro indolente, abatido. La mujer era blanca, más o menos de la misma edad que Tully, y donde antes habían estado las cejas llevaba ahora dos líneas muy finas pintadas con lápiz; tenía una fractura en la nariz, igual que él.

—¿Nunca te vas a tu casa? —le preguntó la mujer.

—Acabo de llegar.

Tully se dio vuelta para mirar a su acompañante.

—¿Por qué tarda tanto? Sabe que estamos acá esperando. ¿No puedes hacer algo para que venga a atendernos?

—Calma, mujer. Ya va a venir.

—Qué pusilánime hijo de puta —dijo ella—. Nunca una ayuda, eh. —Clavó la vista al frente, la cara hundida entre las manos—. Quiero un jerez. —Y otra vez le dirigió la palabra a Tully—: Lo que

tenemos con Earl es algo maravilloso. El amor que siento por este hombre no se lo merece nadie. No podría vivir sin él. Si me abandonara, no sabría cómo seguir adelante. ¿Pero crees que alguna vez es capaz de levantar la voz para que me sirvan una copa? No. Se sienta ahí y deja que me ignoren.

—Ahí viene —dijo Earl.

—No será gracias a ti.

Tully movió la pierna y se estremeció de dolor. Soltó un quejido. La mujer lo miró.

—Un calambre —dijo. Como ella no preguntó más nada, le contó lo que acababa de pasarle justo cuando iba a ponerse otra vez en forma.

—¿Earl? —dijo ella por sobre el hombro.

—Ajá.

—Este buen caballero es boxeador.

—¿Ah, sí?

—Dios mío. ¿Para qué te lo cuento? ¿Qué sabes del tema?

—Muy poca cosa.

—A eso voy. Perdón por interrumpirte. ¿Por qué sigo abriendo la boca? Perdón. Bueno, ¿qué más quieres? Ya me disculpé. ¿Qué otra cosa puedo decir?

Earl clavó la vista en el espejo, desde donde una hilera de caras sombrías contemplaban el recinto.

—Te estoy escuchando, corazón.

—No se nota. —Suspirando, la mujer alzó su copa—. A veces me pregunto por qué lo tolero. Son básicamente gente muy recelosa... No sabes todo lo que hago por este hombre, pero a él no podría importarle menos. Si no eres tan negro como él, no vales una mierda. Eso cree. Sé que no le gusta que esté charlando contigo. Pero con *alguien* tengo que hablar.

—Algún día este chico podría llegar a ganar mucho dinero —siguió Tully—. Es un atleta nato.

—¿Cómo se llama? —preguntó Earl, inclinándose frente a la mujer, el rostro impávido.

—¿De qué te sirve que este caballero te diga el nombre? No lo conoces.

—Solo pregunto.

—Tienes que estar en todo, ¿no? Ahora no va a hablarme más. Se enojó. Primero mete las narices y después cierra la boca. Yo sí estaba prestando atención...

—No, no hay nada más que contar. El chico tiene un talento natural. Eso es todo. Un caso raro. Uno en un millón. —Disfrutando de sus palabras, Tully se pidió otro trago.

—Qué tipo amargo. Estoy teniendo una charla amena, y eso lo carcome. No veo por qué no puedo divertirme un rato. Que se joda si esto lo pone nervioso. No me importa. Si es lo que quiere... Creo que todo el mundo tiene derecho a hacer las cosas a su manera. Así que a la mierda con todos. —Se enderezó, subió el tono de voz—. Quiero decir algo... Quiero proponer un brindis por este caballero... Voy a ser breve, unas palabritas nada más. A tu salud. Que Dios te bendiga y te guarde en todas tus peleas.

Nadie giró la cabeza cuando la mujer alzó su copa. Le dedicó a Tully una mirada intensa y oscura hasta que él también, avergonzado y con una súbita curiosidad erótica, levantó el vaso.

—¿Oma?

—¿Qué, qué?

—Nada.

—Por el amor de Dios —dijo la mujer girando la cabeza—. ¿Qué quieres? ¿No puedo conversar un rato en paz?

—Nadie te detiene.

—No, claro, nadie me detiene. Seguro. Te quedas ahí con cara de culo, en completo silencio, hasta el instante en que empiezo a pasarla bien. Estoy hasta la coronilla de tus quejas. ¿Acaso es culpa mía que no te sientas a gusto en ninguna parte? ¿Por qué no te ocupas de tus

cosas? Y lo mismo va para el resto. Valen menos que un pedo en una tormenta. A la mierda con todos ustedes. —Bajó de la banqueta y se fue hacia el fondo del salón.

Incómodo, Tully observó las quemaduras de cigarrillo que había sobre la barra. Le pusieron otro vaso de oportó entre las manos.

—Gracias.

—Ah, no es nada —dijo Earl—. No trato de ser más de lo que soy. Tú boxeas, yo soy tapicero.

—Cada quien con lo suyo.

—Algunos tienen músculos, otros tienen herramientas. El resultado es el mismo.

Bebieron en silencio. Cuando la mujer volvió, Tully se puso de pie y salió del bar. Cruzó la calle oscura hacia su hotel y subió las escaleras rengueando. En la cama, bajo una luz débil, oyendo las toses que retumbaban del otro lado del pasillo, se dio cuenta de que había exagerado las virtudes de Ernie Munger. Lo había hecho para poder seguir creyendo en su propio cuerpo, pero lo cierto era que ya no tenía reflejos —lo único realmente importante—, y sintió que su vida estaba por terminar. En una época había llegado a creer que los años cincuenta le depararían la gloria. Ahora la década se iba acercando a su fin y él estaba acabado. Se puso de perfil. Sobre el suelo de linóleo raído yacía un ejemplar de *True Confession* y otro de *Modern Screen*, revistas que nunca antes había supuesto que pudieran llegar a interesarle, pero en las que ahora, al leer esos artículos sobre seducciones y deslealtades, adulterios, divorcios y las penurias de las estrellas, encontraba el drama y la tristeza de su propio amor.

Tully había conocido a su esposa en el parador Newby's, un edificio bajo y blanco, decorado con lunares negros, en el centro de una amplia explanada de asfalto, a la sombra de varios árboles de moras. Aunque los frutos manchaban su Buick amarillo descapotable, había ido a verla al restaurante todas las noches. Con su uniforme de camarera —pantalones negros muy ajustados, blusa blanca—, ofrecía un

espectáculo impresionante. Tully no lograba dejar de pensar en ella. Como venía ganando combates y usaba ropa elegante, sintió que podía conquistarla. Y resultó un marido bastante orgulloso, sobre todo cuando ella lo acompañaba a las peleas de la zona en esas noches en que él iba solo como espectador. Al entrar al recinto tomada de su brazo, vestida con algún suéter de lana tejido —blanco, naranja—, o con un trajecito escotado de minúsculos breteles, zapatos altos sin talón y el pelo largo y castaño reunido en un rodete, despertaba en las tribunas un escándalo de gritos y silbidos. Tully se había acostumbrado a esa reacción, y llegaba cargándole el abrigo. Aunque esa época había sido el punto más alto de su vida, él nunca llegó a percatarse. Todo pasó sin darle casi tiempo para reflexionar, y se terminó cuando él aún creía que las cosas estaban a punto de mejorar. Jamás alcanzó a entender que la fama y las destrezas que tenía en aquel lugar y en aquel momento eran lo único que iba a conseguir. Tampoco lo pudo ver su entrenador cuando decidió enfrentarlo con rivales de relevancia nacional. Fue una certeza que Tully absorbió a los golpes, impiadosamente, en cinco o seis combates en los que revoleó guantazos, erró y se tambaleó con los ojos entrecerrados como ranuras. Después había querido encontrar en su esposa alguna clase de amparo difuso, una aceptación solícita por el dolor y el sacrificio que, pensaba, venía tolerando por ella; un reconocimiento, siempre diferido, a los ritos de la virilidad. Y en esa espera comenzó a beber. Seis meses más tarde peleó otra vez y terminó noqueado por un tipo sin ninguna trascendencia. Después empezó a anhelar a alguien capaz de devolverle la plenitud y el sosiego de un recién casado, pero ese sentimiento era inhallable, y ahora entendía que su error radicaba en haber supuesto lo contrario. Así la había perdido: tratando de recuperar aquella sensación. Ya sin ella, fue incapaz de levantarse por las mañanas. Perdió su empleo en la fábrica de cajas y consiguió otro como camionero. Después de perder ese también —el camión volcado dentro de una zanja, junto a cien canastos de damascos—, perdió el coche. Ahora, cada tanto, llevaba

una mujer a su habitación, pero ninguna era ni remotamente como su esposa, así que terminaba fastidiándose con ellas.

Desde que había recibido aquellos ominosos documentos que lo llamaban *el acusado*, como si sus errores conyugales hubieran sido un delito, la poca información que Tully manejaba sobre Lynn provenía de su cuñado, Buck, a quien había vuelto a ver una noche, en la calle El Dorado, junto a dos agentes de la Guardia Costera. Suboficial de cuarta categoría, daba la impresión de que el tipo viniera paseándose con todos los botones de la bragueta abiertos. Tully se acercó raudo a preguntarle qué había pasado con su esposa. Los guardacostas le ordenaron que se retirara. Tras una discusión, Buck, entre arrebatos de intransigencia y mansedumbre, le reveló que Lynn se había vuelto a casar con un *barman* de Reno. En ese momento la noticia lo había conmocionado, y sin embargo no terminaba de creérsela. En esas noches melancólicas en que sentía que solo una reconciliación sería capaz de salvarle la vida, Tully daba por hecho que Lynn no podía querer a ningún otro hombre.

Afuera, en el pasillo, rechinaron unos zapatos. Mientras repasaba viejos errores, viejas incertidumbres, Tully miró las revistas que había en el suelo. Por fin se decidió y levantó la *Modern Screen* y se acomodó con la cabeza entre los barrotes de la cama. En la tapa había una actriz de sonrisa extravagante en traje de baño, con un punto hecho a lápiz sobre cada pecho y un garabato marcado en la entrepierna. Las toses aún colmaban el pasillo. Era hora de buscar un nuevo hotel.

El Lido quedaba en el sótano de un hotel de tres plantas con fachada de ladrillos, arcos moriscos, columnas y azulejos de colores vivos. Detrás del edificio, entre ortigas secas y matas de avena silvestre, había unos cuantos coches; uno, ya despojado de las ruedas, yacía sobre bloques de cemento. En un galponcito sin paredes, largo y angosto, hecho de tablones ajados y chapa acanalada, varios ancianos jugaban a las bochas con el sombrero puesto y discutían en italiano. Cargando una enorme bolsa de papel madera, Ernie Munger descendió por peldaños de hormigón regados de basura. Sobre el ring, bajo un cielo raso desnudo —se veían las vigas, el cablerío eléctrico y los caños del desagüe—, un muchacho negro boxeaba contra su propia sombra a la luz de unos tubos fluorescentes. Tres tipos en ropa de calle —uno pelado, otro con las mejillas intensamente arrugadas y el tercero con un sombrerito a cuadros, el ala minúscula vuelta hacia arriba— giraron la cabeza en dirección a la puerta. El de los pómulos cruzados de surcos fue el primero en dirigirle la palabra:

—¿Qué buscabas? ¿Alguna pelea?

—¿Usted es Ruben Luna?

—Gil Solís. ¿Cuánto pesas? Tienes un alcance tremendo. ¿Necesitas un entrenador?

Se les unió el tipo del sombrero. Era mexicano, igual que Solís. Debía tener unos cuarenta años; cara rechoncha, relajada, piel tersa, sonrisa amplia, ingenua, permanente.

—Soy Luna. ¿Querías verme?

—Sí, pensé que podía entrenar un poco. Quiero saber su opinión. Billy Tully me dijo que viniera a verlo.

—¿Conoces a Tully?

—Guanteamos un rato la otra tarde en la Asociación.

—¿Está tratando de recuperar el estado físico? ¿Cómo te fue con él? ¿Bien? Doy por hecho que sí, ¿no?

Se les sumó el tercer hombre, el calvo. Hablaba en un susurro ronco. Luna se llevó a Eddie, lo fue guiando por el gimnasio con una mano apoyada en el hombro.

—¿Ahí traes tus cosas? Empecemos, entonces.

Atravesaron el recinto de las duchas pisando sobre los talones; el suelo estaba lleno de agua por culpa de una rejilla obstruida. En un cuartito angosto sin ventanas y con paredes de ladrillo que apesataba a sudor, a ropa deportiva y a mohos, varios negros y mexicanos semidesnudos alzaron la vista y siguieron charlando.

—Búscate por ahí un casillero vacío —dijo Luna—. La próxima vez mejor trae candado. Uno de esos que tienen combinación. Son más difíciles de forzar. Cámbiate. Te voy a estar esperando en el gimnasio.

Ernie, que trabajaba como despachante en una estación de servicio, se quitó la campera de cuero, los pantalones marrones, con manchas de aceite, y la camisa. Cuando reapareció en el gimnasio, en zapatillas y traje de baño, Ruben Luna lo hizo subir al ring. Una vez arriba, entre boxeadores que practicaban sus golpes, esquivándose mutuamente, cada guantazo acentuado por un jadeo intenso, Ernie, algo cohibido, empezó a precalentar.

—¿Qué te parece si probamos un par de rounds? —preguntó Luna—. No quiero apurarte, es solo para verte en acción.

—¿Contra quién?

—Algún otro principiante, como tú. Haz lo mismo que hiciste contra Tully. Con ese chico de ahí, el moreno.

Frente a un espejo de cuerpo entero, un chico en bermudas hawaianas y botas de cuero blanco, el pelo planchado, color caoba, tiraba golpes.

Sin quitar la vista de esas botas de caña alta, Ernie enfundó las manos en dos guantes mullidos que Ruben le ajustó a las muñecas. Metió las piernas en un protector pélvico de cuero. Le encajaron un casco sobre las cejas. Debidamente acolchado, con la cara untada en vaselina y un bucal de goma entre los dientes, esperó mientras dos boxeadores bajitos se apaleaban sobre el cuadrilátero. Después fue siguiendo, escaleras arriba, las piernas oscuras de su rival. Durante dos rounds saltó y giró, asestó golpes y los recibió, el cabezal torcido sobre los ojos, la protección genital bailando entre sus piernas. Después Ruben Luna se asomó por sobre las cuerdas y luchó contra Gil Solís para ver quién le abría la hebilla bajo el mentón.

Ya despojado de los guantes, Ernie se quedó un rato en el gimnasio, resoplando y asintiendo, mientras Ruben, con la guardia en alto, la panza hacia adelante y el ala del sombrero vuelta hacia arriba, movía las manos y los pies para demostrarle, con elegancia y velocidad, algunos movimientos.

—Tienes una izquierda muy buena. Entrás con el jab. ¿Me explico? Y colocas el cuerpo detrás del golpe. Bang. ¿Me explico? Le das con el jab, él echa la cabeza hacia atrás y ahí te metes. ¿Me explico? Y le vuelves a pegar. Tiras el directo. ¡Bang! Relajado, siempre moviéndote. Lo metes ahí. Bang, bang. ¿Me explico? La mano siempre lista para salir. Amagas con la izquierda y tiras el directo. ¡Bang! ¿Me explico? Jab y amague, para que el otro pierda el equilibrio. Amague. Tiras el golpe y metes el cuerpo. Bang, bang, zas. ¿Me explico?

En las duchas anegadas, un mexicano retacón que permanecía inmóvil bajo el otro chorro de agua le dirigió la palabra:

—¿Y qué tal los culos en esta ciudad?

—No son gran cosa. ¿De dónde eres?

—Los Ángeles.

—¿Y qué tal los culos por allá?

—Bastante buenos.

Ya enjuagados, los dos hombres se quedaron un rato bajo la lluvia sibilante.

—¿Son recios los tipos?

—No mucho. ¿Y allá?

—Muy.

—¿Recién llegas?

—Sí. Ayer estaba en un bar, y uno empieza a llamar hijo de puta a todo el mundo. Así que salgo y lo espero en la puerta. Cuando aparece, le pregunto si sus insultos iban para mí también. Me dice que sí. Así que se la di. Yo acababa de llegar a la ciudad... menuda bienvenida. No sé, creo que los problemas me vienen siguiendo.

Después el mexicano empezó a canturrear, repitiendo una y otra vez la misma línea de una canción. Su voz iba de los bramidos más graves y profundos al falsete de unos alaridos agudísimos: *Earth Angel, Earth Angel, will you be mine?* La melodía siguió después en los vestidos. Mientras se ponía la ropa, el cantante fue progresando hacia un interludio improvisado: *Baby, baaaby, uhh baby, uhhh, oh, yeah, BAAAABY, I WANT you.* A su alrededor, entre un vapor espeso, las siluetas desnudas iban a las duchas y volvían a salir. Mientras se abotonaba el pantalón, Ernie —maltrecho, agotado y eufórico— sintió que acababa de unirse a la compañía de los hombres.

Los moretones en los ojos de Ernie pasaron del violeta intenso a un amarillo verdoso y se fueron superponiendo con otros nuevos. Sus pestañas hundían las raíces en bordes cubiertos de sangre, cardenales rojos jalonaban el rabillo de unos ojos siempre entrecerrados, tenía la nariz pulposa, tumefacta. Y sin embargo, al observarlo todo desde las cuerdas, Ruben Luna sabía que esos rounds de práctica, amortiguados por cabezales y guantes gruesos, apenas si se parecían a un combate real.

—Pégale. No le pidas disculpas —gritó Luna. Ernie asintió, girando la cabeza para oír mejor pero también para absorber un golpe. Adoptó entonces un postura clásica, dio vueltas, saltó y amagó, esquivando gestos amenazantes, y después, sin motivo inteligible, como si hubiera estado esperando no un flanco abierto sino más bien cierta inspiración, se lanzó a golpear salvajemente. Todos los días, ya fuera que enfrentara a otro amateur o a los dos profesionales de su misma categoría —uno más pesado, otro más liviano, ambos imperturbables—, Ernie terminaba con la nariz llena de sangre.

Ruben lo observaba pacientemente, convencido de que alguna vez esos movimientos tan prometedores alcanzarían la perfección. Asistía con toallas y botellas de agua. Aguantaba el peso de la bolsa de arena contra su pecho, daba instrucciones con la mejilla adherida al cuero, a solo centímetros del azote de los puños de Ernie. Al final de cada entrenamiento, plegaba la toalla formando una suerte de almohadón, la

ponía en el suelo, y mientras Ernie hacía equilibrio, parado de cabeza, girando el cuello flaco hacia un lado y hacia el otro, Ruben lo sostenía por los tobillos y contemplaba el gimnasio a través de la gran V de sus piernas abiertas, con los ojos absortos de un hombre cuyos motivos de atención van llegando a su fin, al menos por esa jornada.

Volvía a casa con su familia. Cenaba escuchando los retos de su mujer, las discusiones y los monólogos absurdos de sus hijos. Se metía en la cama temprano y se levantaba temprano. Iba en su auto hasta las oficinas del sindicato, para que lo enviaran al puerto, en grupos, bajo la luz fría del amanecer, donde se pasaba la jornada operando un autoelevador. Al mediodía le compraba café y magdalenas a una chica vestida con pantalones de gabardina que aparecía siempre en un camioncito de refrigerios. Después del trabajo atravesaba la ciudad en coche, hasta el gimnasio, y en una cafetería, antes de cruzar la calle hacia sus boxeadores, le pedía una porción de torta a una camarera rubia y alta.

—Tengo un blanquito que podría llegar a algo —le dijo a su esposa.

—Qué bueno. —Enfundada en un camisón transparente color durazno, la mujer, de caderas amplias, piernas pesadas y cortas, plegaba la colcha de raso inclinada hacia adelante. Soltó un suspiro de cansancio, trepó a la cama y se acomodó bajo las cobijas. Apoyada contra el tapizado de la cabecera, empezó a encremarse la cara. Había cierta abundancia en su cuello sombrío, una ligera flacidez bajo el mentón. Los labios anchos, firmes y desafiantes, que alguna vez habían excitado a su marido, se perdían en dos mofletes rollizos, caídos, y los hoyuelos eran ahora arrugas.

—Tiene un alcance notable, y un par de piernas estupendo. Y es blanco, ¿ya te dije? Un chico honesto, limpio, buen mozo. Podría convocar multitudes si supiera boxear. Y podría aprender si prestara atención. Si me dejara enseñarle todo lo que sé, podría llegar a algo. Tampoco es que yo lo haya aprendido de la noche a la mañana.

Cuando su esposa guardó el pote de crema y se acostó de perfil, tapándose con las cobijas, Ruben empezó a quitarse la ropa. El dormitorio estaba iluminado por un velador con la pantalla envuelta en celofán. Sobre la cómoda había una serie de fotografías familiares, en marcos o en portarretratos de cartón, rodeadas de pequeñas cajas, estatuillas de cerámica, caballos de bronce de diversos tamaños y mantelitos tejidos al crochet. Desde una pared, el rostro sereno de Cristo miraba oblicuamente en dirección al patio trasero; el marco, de latón repujado, tenía una lucecita quemada en la parte de arriba.

Después de ponerse un pijama amarillo, rasgado bajo las axilas y muy ceñido en las piernas, Ruben se acostó.

—No tengo nada contra los chicos de color —dijo en la penumbra—. Buford Wills es un buen muchacho, pero ya hay demasiados en este deporte. El público anglo no quiere pagar para ver una pelea entre dos chicos de color. Quieren que haya un blanco. Como Tully. Él era bastante convocante. Con mejores golpes hubiera llegado lejos, a la cima. Le faltaba potencia, y tolerancia al castigo. Más allá de eso, lo tenía todo. Pero se dejó desanimar por una mala racha. Supongo que estará tratando de volver a ponerse en forma en la YMCA, o no se hubiera cruzado con este chico. Todavía le queda un poco de combustible en el tanque. El chico también es muy bueno, y tiene potencial. Es alto para un *welter*. Deberías ver el alcance que tiene. Si se echara unos kilos encima podría convertirse en un gran peso pesado. Es blanco, buen mozo. ¿No te parece? —Ruben hizo una pausa—. ¿Victoria? —Al no recibir respuesta, sintió que su estado de ánimo flaqueaba. Ahora todo lo que había estado diciendo le parecía tonto. Aislado en su deseo, espoleado por su espalda y sus hombros, sintió la antigua urgencia de golpear. Mientras intentaba dormir, pensó: *No puedo, no puedo dormir*. Se puso bruscamente de costado, contra las curvas del cuerpo de su esposa, que le resultaba tan familiar como el propio.

—Amor... —Le dio una palmadita—. ¿Estás despierta?

—¿Eh?
—Te estaba hablando. ¿Te quedaste dormida?
—¿Qué pasa?
—Nada. —Le acarició la cadera para excusarse por haberla despertado—. No puedo dormir.
—Creo que no deberíamos... —murmuró.
Ruben guardó silencio y dejó de mover la mano.
—¿Quieres...? —susurró ella—. Creo que es muy arriesgado.
—Ya sé, ya sé.
—Si quieres, podemos. No tengo problema.
—No, no, no. No hace falta. Entiendo. No es eso. Solo estoy un poco nervioso.

Se quedaron en silencio. Los pensamientos de Ruben, incontenibles, se desviaron hacia la dueña del camioncito de los refrigerios. Era divorciada, según le había dicho, madre de dos chicos, una joven muy agradable. Ruben disfrutaba de su compañía y también de las ojeadas que le echaba a sus ajustados pantalones de gabardina. Pero que tuviera hijos le parecía un obstáculo, así que evocó a la camarera alta del café frente al Lido. Era una chica discreta, de expresión arisca. Él no le había hablado más que para hacerle los pedidos. Solía mirarla desde su lado del mostrador, inclinándose apenas hacia adelante para ver un poquito más, pero eso era todo. Ahora, sin embargo, la mujer se le aparecía con una presencia arrolladora. Deslizó la mano sobre el cuerpo de su esposa; el volumen y la mera posibilidad le parecieron algo extraño e inesperado. Libre ya de esa atención mutua que lo mantenía cómodo y sumiso, se descubrió excitado. Con la frente arrugada por la concentración, trató de retener en su mente dos pezones claros y erectos, muy distintos de los bultos fofos de los que se habían alimentado sus hijos, y de los que también él, en el tumulto de la excitación, había mamado —una pantomima a la que jamás habían hecho mención, pero que incluso ahora, varios años después, aún sentía incorrecta, un robo perpetrado contra sus propios chicos

y una humillación para una esposa decente que él no se merecía—. Abstraído, Ruben bajó una mano por el vientre de su mujer, tratando de imaginar que la otra estaba ahí, dispuesta para él.

—¿Te parece que hacemos bien? —susurró ella—. ¿Tienes muchas ganas?

Aunque la sensación de peligro lo ponía nervioso y lo excitaba, ya no sabía. Solo ansiaba un poco de calma para que el cuerpo a su lado recuperara su vívida realidad. La llamó en silencio con un nombre ajeno y perseveró hasta alcanzar un reino más allá de toda personalidad.